CAPITULO IX.

De su conversion, y cómo desde allí fué siempre medrando, y de la ocasion que tuvo para venir á tratar con los de la Compañía de Jesus, y cuánto la aprovecharon.

Dejemos ya los pecados á una parte y volvamos á la historia y á su postrera ó casi postrera conversion. Esta obró el Señor por medio de las sagradas imágenes, con quien ha aprovechado y mejorado muchas almas y con tanta razon honra y guarda la santa Iglesia. Entrando ella un dia en su oratorio (que siempre fué amiga de tenerle para recogerse allí en soledad á tener oracion), vió una imágen de Cristo Nuestro Señor llagado, y luego en viéndola se turbó, como tenia tantas llagas, y comenzó á considerar cuán desagradecida habia sido á ellas, y á sentir un dolor tan estraño, que parecia que el corazon se le partia. Con este sentimiento se arrojó allí cabe la imágen, derramando muchas lágrimas y suplicando al Señor que de una vez la diese fortaleza para nunca mas le ofender, y esto tan de veras, que con la confianza que tenia del Señor, cuya misericordia tantas veces habia sentido, y con el deseo que tenia tan grande de ser ya toda suya, dijo que no se levantaria de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. No fué sin fruto su piadosa y humilde oracion, porque desde entonces fué siempre su alma medrando mucho y juntándose cada dia mas con Dios con un mas grande y crecido amor que hasta entonces habia tenido. Ayudóla mucho entonces el libro

de las confesiones de san Agustin, y parecíala que se via á sí misma en ellas como en un muy claro espejo. Pero cuando llegó á la conversion de san Agustin y á la voz que le dieron cuando estaba en el huerto, como lo cuenta él en el fin del libro octavo, no pareció sino que á ella se la habian dado, segun se alteró su corazon, y estuvo un rato grande que se deshacia en lágrimas. Desde allí comenzó á darse mas á la oracion y á tratar menos en cosas que la dañasen, que del todo aun no las habia dejado; y el Señor, que no estaba esperando sino á que ella se ayudase de su parte, alargó la mano é hízola desde allí adelante muy mayores mercedes que solia en la oracion, como se dirá cuando se trate de su oracion. Todas estas mercedes y otras semejantes que se dirán, recibió por la intercesion de Nuestra Señora y del bienaventurado san José. Y así se lo dió el Señor á entender en una revelacion que ella dejó escrita de su mano en un papel suelto, donde dice así: «Entendí que tenia mucha obligacion de servir á Nuestra Señora y á san José, porque muchas veces yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba Dios á dar la salud.» Entre otras la hizo una muy grande de dar lugar á que se levantase en su alma un nuevo temor, no fuese engaño del demonio aquella gran suavidad que sentia en la oracion, y aquella suspension del alma, y que por allí la quisiese quitar la oracion mental y pensar en la pasion del Señor, y aprovecharse con esto. No tenia duda cuando estaba en la oracion, pero en distrayéndose algo, tornaba á temer. Moviala á esto ver engaños grandes que en aquel tiempo habia habido en mujeres, y particularmente el de Magdalena de la Cruz, que puso espanto á toda España. Atormentóla mucho y por mucho tiempo este saludable temor, pero fuéla de grandísimo provecho y ocasion de acabar del todo con el mundo. Parecíala que de este trabajo no podia salir sino era tratando con personas espirituales que lo entendiesen bien todo y la declarasen la verdad. Habia venido ya á Avila la Compañía de Jesus, y ella sin conocer á nadie, la amaba mucho por lo que de ella oia, y bien la parecia hallaria allí lo que deseaba; pero no podia acabar consigo de ir allá. No se tenia por digna

de hablar con aquellos que ella en tanto estimaba, ni sentia en sí fortaleza para obedecerles, porque via que la habian de quitar cosas á que su corazon estaba todavía asido y no la parecia que las podia dejar. Creciendo mas los dones de Dios y con ellos este temor, y viendo que por sí no se podria valer, envió á llamar á un hidalgo principal de aquella ciudad, á quien ella llama el Caballero Santo, y llamábase Francisco de Salcedo, hombre que, aunque era casado, habia muchos años que se daba mucho á la oracion, y era de gran virtud y ejemplo, y ayudaba cuanto podia á la salvacion de las almas. Este, despues, enviudó y se ordenó de misa, y acabada su santa vida, se enterró en Avila en una capilla que él hizo pegada con la iglesia del Monasterio de san José. Por medio de este siervo de Dios vino á tratar con un maestro teólogo, estimado por su mucha virtud, en que ha perseverado muchos años haciendo á Nuestro Señor mucho servicio, y á las almas de los prógimos mucho provecho. Dióle parte de su oracion y de las cosas de su alma; y él, viendo lo que el Señor la daba en la oracion y la obligacion que tenia de ser agradecida, quísola desde luego quitar de cosillas que tenia, y para salir luego de ellas faltábala aun fortaleza. No pudo sufrir por entonces aquella cura por su poca fortaleza, y fué (como ella dice) para su bien, porque ella conociese y tratase los de la Compañía de Jesus. Entretanto, Francisco de Salcedo la visitaba y animaba y ayudaba harto; pero viendo la oracion que tenia, y por otra parte las imperfecciones, que aun no se habian acabado, no podia persuadirse que aquel fuese buen espíritu. Con todo eso dijo que no se determinaba del todo, hasta que ella habiendo pensado bien todo lo que era menester decir de su oracion, le diese cuenta de ella mas en particular. La Madre se afligia y lloraba mucho, y por una parte no podia creer en ninguna manera que cosas tales y que tanto la aprovechaban, fuesen del demonio; por otra temia no permitiese Dios que se cegase y no lo entendiese. Juntábase con esta afliccion otra no pequeña, no saber ella declarar lo que pasaba dentro de sí; y para salir de la una y de la otra, miraba en libros espirituales

que leia si hallaba algo por donde se pudiese dar á entender. Halló lo que deseaba en uno que se llama «Subida del monte Sion,» de un Padre de la órden de san Francisco, y rayólo y dióló á Francisco Salcedo para que lo comunicase con el maestro y la respondiesen. Decia tambien que si aquellos eran engaños del demonio, y á ellos les pareciese, dejaria del todo la oracion, por no se poner á esos peligros, aunque de muy mala gana hiciera esto, porque por esperiencia habia visto cuán mal la habia ido el tiempo que la dejó, y lo mucho que despues con tenerla se habia mejorado. Estaba ella entretanto con tanto miedo esperando la respuesta, y con ella creció mas su congoja, porque dijeron que, á cuanto ellos podian entender, aquello era del demonio, y que lo que la convenia era tratar con algun Padre de la Compañía de Jesus, con quien hiciese confesion general y se declarase enteramente en todo lo bueno y malo que tuviese y le obedeciese en todo. La causa de juzgarlo estos siervos de Dios así, era ver que lo que ella tenia en la oracion no se suele dar sino á personas de gran perfeccion, y que de esta estaba ella lejos por las imperfecciones que tenia, y parecíales que tales dones de Dios no se compadecian con tal vida, y así no debian ser de Dios. Ayudaba á esto haber ya veinte años que ella trataba de oracion, y que si aquello fuera de Dios, hubiera en tanto tiempo trocádose del todo. Tópala Dios luego en la Compañía con lo que habia menester, porque comenzó á tratar con un Padre (aunque no de muchos años) de mucha religion y prudencia. Este Padre me dicen la dió parte de los ejercicios de la Compañía, y ella hizo con él su confesion, y él la animó mucho y la dijo que aquel era espíritu de Dios claramente, pero que era menester tornar de nuevo á la oracion, porque no iba bien fundada, ni se habia dado á la mortificacion. Encargóla mucho que en ninguna manera dejase la oracion, sino que se esforzase mucho mas, pues el Señor la hacia tantas mercedes; y hablando Dios por él, añadió que qué sabia si por medio de ella queria Dios hacer bien á muchas personas, y otras cosas de esta manera, que despues se vieron y se ven bien cumplidas. Díjola que cada

dia tuviese oracion de un paso de la pasion, para que con esto se aplicase á la mortificacion y viniese á la perfeccion, y que no pensase mas que en la sagrada humanidad de nuestro Salvador, y á los recogimientos y gustos que solia tener resistiese cuanto pudiese, hasta que él otra cosa la avisase. Ayudóla mucho este Padre, porque la entendió muy bien, y vió la condicion y natural que tenia, y por dónde la habia de llevar, y decíala unas palabras que se las imprimia en el corazon. De esta confesion quedó su alma muy blanda y comenzó á hacer mudanza en muchas cosas con tanto ánimo para dejarlas, que á personas de su casa y de afuera las parecia estremo el retirarse tanto y el hacer tan poco caso de lo que antes hacia mucho. El confesor suyo de la Compañía andaba con ella con mucha cordura y discrecion y no la apretaba, antes parecia que hacia poco caso de todo, esperando á que la Magestad de Dios fuese obrando en aquella alma y mudándola. Ella le procuraba en todo obedecer, pero en aquello de la oracion no podia, porque mientras mas resistia aquella divina consolacion, mas la daba Dios; y así en dos meses que en esto anduvo, vino á tener mucho mas que antes. Púsola este Padre mas aficion á la penitencia, de que ella estaba descuidada por ser tan grandes sus enfermedades, diciéndola que podia hacer cosas que para ellas no la dañasen, y que por ventura se las daba Dios porque ella no hacia penitencia, y así él se la queria dar de su mano. Haciala hacer muchas mortificaciones, y con esto iba la oracion sobre buen cimiento de penitencia y mortificacion (que es el que ella ha de llevar para ser cual debe), y víase claro el provecho, porque sentia mucho cualquiera ofensa que á Dios se hiciese, aunque fuese muy pequeña; y si alguna cosa supérflua traia, no se podia recoger hasta que se la quitaba.

CAPITULO X.

De cómo el Padre Francisco de Borja, general que fué despues de la Compañía de Jesus, aprobó su espíritu, y cómo el Señor la habló dos veces y el fruto grande que sacó de aquella habla.

En este tiempo vino á Avila el Padre Francisco de Borja, que algunos años antes habia dejado el Ducado de Gandía, y entrado en la Compañía de Jesus, y su confesor y Francisco Salcedo, dieron órden como ella le hablase y diese cuenta de su oracion. El Padre Francisco la respondió, que aquel era espíritu de Dios y que no lo resistiese mas, que lo de hasta entonces habia sido acertado, pero que de allí adelante comenzase la oracion en un paso de la pasion, y si despues el Señor la llevase el espíritu, no le resistiera, sino se dejase llevar. Con este Padre se consoló ella mucho, porque le preguntó muchas cosas, y como hombre de mucha esperiencia en ellas, la satisfizo. En un libro de mano del Camino de perfeccion, en el capítulo 31, hallé escrito de mano de la Madre estas palabras, hablando de sí: «Yo sé una persona que la ponia el Señor aquí muchas veces, y no se sabia entender, y preguntólo á un gran contemplativo, que era el Padre Francisco, de la Compañía de Jesus, que habia sido Duque de Gandía, y dijo que era muy posible, que á él le acaecia así, etc.» En esto mudaron á su confesor á otra parte, cosa que ella sintió mucho, porque no la parecia ser posible hallar otro como él, pero hallóle presto en el mismo colegio de la Com-

pañía. Y porque en su Monasterio entonces se daba licencia á las monjas para salir, estuvo muchos dias en casa de una señora viuda, de mucha calidad y grande amiga suya, que vivia junto á la Compañía. Con esta ocasion tuvo lugar para tratar mucho con los Padres de la Compañía, á quien ella amaba mucho y con su trato sentia gran provecho su alma. Este Padre, aunque con mucha maña y blandura, la comenzó á poner en mucha mas perfeccion, diciéndola que para del todo contentar á Dios, no habia de dejar nada por hacer. Sentia ella entonces no pequeña dificultad en dejar algunas amistades que convenia dejar, no porque con ellas ofendiese á Dios, sino porque era mucha la aficion; y como su natural era tan noble y no habia en ellas pecado ninguno, parecíala ingratitud dejarlas, y así lo decia á su confesor. El la respondió que lo encomendase á Dios algunos dias y que rezase al Espíritu Santo el himno *Veni, creator Spiritus*, para que la diese luz con que conociese cuál era lo mejor. Hízolo así, y habiendo un dia estado mucho tiempo en oracion, suplicando al Señor la ayudase para contentarle en todo, comenzó el himno, y estándole diciendo la vino de pronto un arrebatamiento (que así llaman en romance, ó arrobamiento, lo que los latinos llaman rapto) tal, que casi la sacó de sí, cosa que hasta entonces nunca habia tenido. En él oyó estas palabras en lo mas adentro de su alma: «Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.» Fué tan de Dios esta merced, y echóse tanto de ver, que lo que ella en muchos años con cuantas diligencias habia hecho nunca habia podido acabar consigo haciéndose gran fuerza y perdiendo con ella harto de salud, el Señor de los corazones lo hizo en un punto, y quedó desde entonces tan mudada, que nunca en su vida pudo tener amistad ni consuelo sino con las personas á quien via queria Dios bien, y le era una penosa cruz tratar con persona que no tratase de oracion.

Aquí comenzó Dios á hablarla, y desde ahí adelante era muy ordinario el hacerlo. Y cómo se hagan estas hablas y cómo se conocen si son de Dios ó nó, declárolo escelentemente en el

capítulo 25 del libro de su vida. No dejaba por eso el demonio de afligirla con miedos, ya que por otra parte no podia. Juntáronse cinco ó seis siervos de Dios, á quien ella daba mucho crédito, y díjola su confesor que todos se determinaban en que aquello que ella tenia en la oracion era del demonio, y que no comulgase tantas veces, y procurase distraerse de manera que no tuviese soledad. El mismo confesor, por probarla mas, parecia aprobaba lo que ellos decian. Ella, que era entonces muy temerosa y tenia mal de corazon que la ayudaba á serlo, tanto, que aun en una pieza no osaba estar muchas veces sola, fuése de san Gil (que este es el nombre del colegio de la Compañía de Jesus de Avila) con grandísima afliccion. Despues, habiéndola quitado muchos dias de comulgar y de recogerse á su soledad, que era todo su consuelo, y no teniendo con quien tratar, porque todos parecia que eran contra ella, aun no la dejaban con esto; porque unos decian al confesor que se guardase de ella, otros que era claro demonio; solo su confesor la animaba diciendo que aunque fuese, no ofendiendo ella á Dios, no la podia hacer nada. Ella, viéndose en tantos trabajos, pedia al Señor con grande instancia que la llevase por otro camino y hacia á otros pidiesen lo mismo. Pero siempre llena de desconsuelo, cuando pensaba en que era posible que el demonio la hablase, y en esto anduvo casi dos años. Estando, pues, en un oratorio con grandísima congoja, y no habiendo sentido consuelo del cielo ni de la tierra, al cabo de cuatro horas de este trabajo, el Señor, que no estaba olvidado nada de ella, la tornó á hablar allá dentro de su alma, y la dijo: «No hayas miedo, hija, no temas, que no te desampararé, porque yo soy.» Con estas palabras se desbarataron en un punto los nublados de dolor y perturbacion que escurecian su alma, y vino á ella una luz de seguridad y satisfaccion tan grande, que la parecia que contra todos los letrados del mundo pudiera defender que aquello era Dios. Quedó con aquello su corazon muy blando y sus ojos como unas fuentes que derramaban arroyos de suavísimas lágrimas, y ella con grande admiracion de verse tan trocada. Y

perdió desde entonces el miedo á los demonios de tal manera, que tomó una cruz en la mano y los desafiaba diciendo: «Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podeis hacer.» Quedó despues de esto tan sosegada, que de allí adelante aunque los vió algunas veces, no los temia ni hacia caso de ellos, y estimaba esto en tanto, que decia que tenia esta por una de las grandes mercedes que la habia hecho el Señor. De allí adelante, descuidada ya con estas mercedes de Dios de todas las cosas de la tierra, y dejándose toda al gobierno de Dios, iba por el camino de la vida espiritual con la prosperidad y ligereza que vá una nao con muy buen viento en popa y con bonanza, que todo cuanto hay parece la ayuda á correr. El Señor iba cada dia multiplicando y acrecentando las mercedes, hablándola de muchas maneras y enseñándola verdades altísimas, y mostrándola visiones grandes y suavidad, y todas estas dejaban en su alma unos efectos maravillosos con que iba siempre medrando y mejorándose. Contara aquí estas hablas y visiones, si la misma Madre no las contara desde el capítulo 26, donde todos las podrán leer, si no fuere por ventura alguna cosa muy notable y que aproveche para seguir la historia que voy contando. Con todo esto no faltaban personas que la ponian miedo, y la decian que todo aquello era del demonio y que se le antojaba. Movióles á esto ver que en el mismo lugar vivia la madre Maridiaz, cuya santidad era muy conocida y aprobada, y llevábala el Señor por camino mas ordinario sin estas hablas y visiones; como si hubiera solo un camino por donde Dios lleva las almas, ó no hubiera llevado á muchos santos y santas por este por donde llevaba á la Madre Teresa de Jesus. Ella, que tenia buenas y seguras prendas del soberano huésped que la visitaba, junto con la aprobacion de los Padres dichos, no se turbaba ya por eso como antes, sino decíales que este gran Señor la dejaba joyas en las manos en señal de su amor, que ella antes no tenia, y se via rica siendo ella muy pobre, y que ella via y á los que la confesaban era muy manifiesto, cuán trocada y mejorada estaba su alma, y que así no podia creerlo aunque quisiese, ni se persuadia que el que queria llevar las almas

al infierno, tomase para eso medio tan contrario como apartarla de los pecados y poner en ella virtudes y fortaleza. Esto mismo respondia á otras personas aquel Padre de la Compañía de Jesus con quien ella se confesaba, y él solo volvia por ella. Habia bien menester este Padre la virtud que tenia para sufrir tantas cosas como venian á él. Decíanle que se guardase de ella no le engañase el demonio creyéndola algo de lo que decia, y trayéndole ejemplos de otras personas que habian parado en grandes ilusiones. Y personas que la trataban y deseaban el bien de su alma, preguntábanla cosas, á que ella respondia con llaneza, ó decia algo con descuido, y decian que les queria enseñar, y que se tenia por sábia, y no les parecia buena señal. Una falta que en ella viesen, por pequeña que fuese, les hacia que lo condenasen todo, y con todo esto iban al confesor. El la animaba y sosegaba y la mandaba que no le callase nada; pero la humildad que él tenia causó grandes trabajos á la Madre, porque él siempre era de parecer que aquello era de Dios; y el ver á personas de letras y espíritu que decian lo contrario, le hacia andar en alguna manera dudoso, temiendo no hiciese mal en guiarse de su parecer mas que del de tantos. En tres años pasaron él y ella harto con estas y otras cosas semejantes que cada dia salian, y persecuciones y cosas que sin propósito la levantaron, que luego con todo esto iban al confesor. Pero lo que mas sentia la Madre era la contradiccion de personas que via eran siervos de Dios; y fué tanto lo que por esta via padeció, que decia ella despues que aunque habia pasado en su vida grandísimos trabajos, ninguno habia sido mayor que este. Llegó la cosa tan adelante, que hubo mas de uno que la quiso conjurar como á endemoniada, y de esto poco se le daba á ella: lo que mas sentia era lo que acabo de decir, de aquella tan grande y tan larga contradiccion de gente tan buena, y el ver algunas veces que los confesores venian con miedo á confesarla, y temer que habia de venir á tiempo que no hallase quien la quisiera confesar. Mas no bastaba todo esto para que á ella la pesase de tener aquellas celestiales visiones, que eran tales, que solo una de ellas no trocara por todos los bienes y deleites que puede haber en el mundo.